

explendor, y a la vez iniciación de otros valores más divinos, lo sobrenatural es el fin supremo de la estética cristiana.

Por eso el artista cristiano tiene necesidad de mayores aptitudes y de más amplias preparaciones que ningún otro artista. Necesita ante todo, además de ser un hombre perfectamente moral, estar dotado de un corazón apasionado y tierno, capaz de sentir las influencias de una inspiración de la más pura y celestial belleza, a la cual ha de prestar el rendimiento de su fé, y ha de proseguir sin desmayos, alentado por esa misma fé, y enamorado de su ideal, hasta darle forma y expresión adecuada, moderando la exaltación de su fantasía con el discreto anhelo de atinar de la manera más justa y propia con la verdad interna del asunto elegido. Y necesita además apropiarse el contenido dogmático y moral de la Revelación, empapando en él su espíritu y su corazón en el mayor grado que le sea posible. Necesita, estar persuadido y obrar con arreglo a esta persuasión, de que sus aptitudes artísticas son un medio de que Dios mismo se vale, para procurar en el orden de la belleza, el ennoblecimiento y la salvación de las almas.

Los asuntos que forman el objeto del Arte Cristiano son de tal excelencia, que aun los más

